



(Capiteles bizantinos existentes en el segundo patio del Hospital de Niños espósitos, traídos de la antigua basilica de Santa Leocadia en Toledo.)

LAS CANTADERAS DE LEÓN.

Entre las diversas tradiciones que de nuestra inmortal lucha contra los hijos del Islam nos legaron los pasados tiempos, se cuenta por una de las mas notables el feudo de cien doncellas. Hubo un tiempo en que los cristianos españoles le tenían por irrefragable, anatematizando la negra memoria del torpe Mauregato, cuyo perjurio y usurpacion llevaban á los musulmicos harems la malaventurada paz de las doncellas castellanas. La critica ilustrada llegó á negar despues la existencia del ominoso tributo, presentándole como invencion de menguados cronistas, ó falaz conseja de populares romanceros. Cualquiera que sea el resultado de tal controversia, no hace á nuestro propósito. Pues habiendo de tomar el feudo como origen del tradicional recuerdo que intentamos describir, tenemos que presentarle en su primitiva aopcion, partiendo sencillamente de la antigua creencia popular.

Bien sabido es que, reinando en Córdoba el poderoso Abderramen II, y en Leon el rey D. Ramiro I, por los años de 844, el califa ismaelita reclamó del monarca cristiano el tributo de las doncellas por medio de embajadores. El soberano leonés rechazó altivamente la impia exigencia, declarando que daría la contestacion en el campo de batalla. La guerra estalló nuevamente entre la Cruz y el Koran, y la batalla de Clavijo fué el glorioso y sangriento fallo de tan desesperada contienda. En ella se hundió el orgullo musulman bajo una pira de innumerables cadáveres. En ella se salvó otra vez la nacionalidad española; y al propio tiempo que los infieles tornaban fugitivos á sus espantadas fronteras, tremolaban victoriosas palmas las vírgenes altivas de Castilla.

La ciudad de Leon, capital de la monarquia y corte del vencedor, quiso eternizar la fausta memoria del gran acontecimiento, instituyendo una fiesta anual, que simbolizase á los ojos de la posteridad su importancia pública, su caballeresco origen y sus honrosas consecuencias. Este lisongero aniversario se celebró desde entonces hasta hace muy pocos años, con toda la pompa y solemnidad de su institucion. Pero al presente no es así; pues por mercantiles economías se le ha despojado de toda la parte alegórica y popular, que tanto habla el sentimiento, y que en semejantes armonías constituye la expresion de una idea, puesta al alcance del vulgo por medio de las impresiones del espectáculo. La ciudad, decíamos, hizo oferta de celebrar anualmente el triunfo de D. Ramiro; y con este objeto se verifica el día 13 de agosto la fiesta llamada de *las Cantaderas*. Nada mas natural. En una nacion como la española, y en una época, cual nuestros tiempos caballerescos, en que las pasiones nobles consagraban al bello sexo una especie de culto entusiasta y sentimental, nada mas conse-

cuento, repetimos, que erigir una memoria sencilla y tierna al día inmortal que libertó á las vírgenes leonesas de la servidumbre y la manilla, celebrándole con ostentoso aparato, con regocijo solemne y nacional.

Las Cantaderas son diez y seis niñas pertenecientes á cuatro parroquias de la ciudad, únicas que debieron existir en tiempo de D. Ramiro, y que por esta razon conservan semejante preeminencia sobre las restantes. Las de una de ellas eran del estado noble, aludiendo sin duda á que la mitad de las doncellas del feudo eran sacadas de la nobleza del reino. Y de aqui se deriva la significacion de las niñas de ambas clases en el número de *las Cantaderas*. En el día de la fiesta salen de las casas consistoriales de la ciudad, formando una especie de procesion triunfal. Van magníficamente ataviadas, cubiertas con blancas vestiduras, coronadas de flores, entonando festivos y armoniosos himnos, y celebrando en agradables y candorosas danzas la dulce memoria de su inmaculada libertad. Y los sonoros acentos de las tiernas doncellas, los ardientes compases de la música marcial, y los alegres ecos de un pueblo sensible y creyente, que celebra una de las glorias mas bellas del país, dan á la solemnidad un conjunto lleno de animacion, atractivo y entusiasmo, que afecta dulcemente la fantasia, y la lleva á perderse entre suaves emociones llenas de poesia y sublimidad. Precede á la comitiva una especie de botarga, llamada *la Sotadera*, ridículamente vestida y cubierto el rostro con un antifaz. Representa la imágen del vicio persiguiendo á la inocencia virginal; por esto es papel infamante, que solo ciertas mugeres necesitadas se prestan á desempeñar por algunos ducados, aunque guardando á todo trance el incógnito. Acompañan tambien á las doncellas una porcion de hombres enmascarados con trages árabes. Uno de ellos lleva una escoba de palma, y colocada sobre ella una candela encendida, levantada en alto; otros tañen atabales y añaliles á la morisca usanza, y otros, en fin, festejan á las elegantes y alegres *Cantaderas*. No hemos podido encontrar la significacion especial de algunos pormenores; si bien se comprende en general la referencia alegórica de cada uno de ellos, en todos los accidentes del cuadro que procuramos esmeradamente trazar.

Precedido de aquel vistoso cortejo, el ayuntamiento de la ciudad, en acto de ceremonia, se dirige á la catedral, y se incorpora con el cabildo á la entrada del átrio, desde donde ambos se encaminan, penetrando en el templo por el pórtico principal, al altar titulado *del foro y oferta*, situado en el patio interior de la basilica. Cuando se aproxima á él la municipalidad, sale á su encuentro el canónigo procurador de la iglesia, y pregunta solemnemente: «¿El M. I. A. de Leon se dignará manifestar el objeto que le trae hoy á este templo?»

Entonces el síndico de la ciudad se adelanta á su vez, y repone con la misma dignidad: «El M. I. A. de la ciudad de Leon viene á poner

28 DE SETIEMBRE DE 1851.

«sobre ese altar de la Virgen María la ofrenda de doscientos y once reales, en cumplimiento del voto hecho para el aniversario de este día.»—«¿Pero es por foro, ó por oferta?» replica aquel:—«Por oferta, y no por foro.»—«Pues el cabildo no puede recibirlo como oferta, sino cual foro.»—«Y el M. I. A. no puede entregarlo cual foro, sino solamente como oferta.» Y acto continuo cada cual manda arreglar testimonio al secretario de su respectiva corporación, que se formaliza en actas, retirándose unidos los dos cabildos, para celebrar la misa votiva de gracias en la catedral.

Otras particularidades hay en esta festividad, que no consignamos por no hacer mas difusa narración. Mas no dejaremos de decir que el foro y oferta ha costado empeñadas cuestiones y famosos pleitos al ayuntamiento y cabildo. De cualquier modo, es lo cierto que este aniversario formula el recuerdo de una gran victoria. Pues aun prescindiendo, si se quiere, de la parte romancesca, en lo que atañe al feudo, no puede dudarse el inmenso resultado que la victoria de D. Ramiro produjo en favor de la reconquista de nuestra nacionalidad, atajando la bárbara acometida, que desde el imperio cordobés lanzaba uno de los feroces sucesores de Mahoma contra el renaciente estado, que se cobijara á la sombra de la triunfal espada de Pelayo; y haciendo aprender al orgullo musulmán con la sangrienta lección de Albelda, que la estrella de España tornaba á lucir en el horizonte de la fortuna, para eclipsar por siempre el ástro menguante de Ismael.

Esto por lo que hace al resultado de la creencia tradicional, fundamento de la costumbre histórica, objeto del presente artículo. Por lo demás, quede en buen hora en pie la polémica de los críticos acerca del feudo y de la batalla. Allí se las avengan los impugnadores del arzobispo D. Rodrigo y de la historia compostelana. Nosotros, humildes narradores de las creencias de otros tiempos, no tenemos para qué tomar campo en la discusión, cualesquiera que puedan ser, por otra parte, nuestras opiniones en la cuestión histórica sostenida por celebrísimos escritores.—La tradición popular celebró por muchos siglos la victoria de D. Ramiro, y la vió perpetuarse alegóricamente en la orgullosa fiesta de las Cantaderas de León.

V. GARCIA ESCOBAR.

RECUERDOS DE LA CHUANERIA.

(Continuacion.)

Mi posición comenzaba á ser difícil. Bernardo no podía menos de ser reconocido á nuestra llegada, y yo iba á verme comprometido sin conseguir salvarle. Persuadido de que no podía haber otro camino de salvación que la audacia, conservé mi continente, y seguí marchando sin apresurar el paso, seguido á poca distancia por los gendarmes.

Llegamos así á la aldea, y al pararnos en el camino creí distinguir á la puerta del mariscal que había herrado mi caballo, á la mujer de Morel que al verme se retiró. Seguramente nos habría precedido por el camino de los matorrales; ¿pero por qué había venido? ¿qué hacia allí?

Llegamos á la puerta del mariscal, cuando este salía de la fragua cantando como un borracho; me hizo una seña y detuvo el caballo.

—Ya le esperaba á V., me dijo con una voz aguardentosa, tengo una cosa que devolverle.

—¿A mí?...

El me miró con el aire de un borracho que le echa de truan.

—Busque V., busque V., replicó balbuceando, ¿no perdió V. ayer alguna cosa cuando pasó por aquí?

—No.

—Vaya, venga V., venga V. á verlo á la fragua.

Dudaba si bajar, cuando me dijo:

—¿Qué, no ha perdido V. un látigo?

Yo titubeé y él me miró riendo.

—Ahora me acuerdo, le respondí, sí, he perdido un látigo.

—Entonces baje V. en buen hora; á ver si es el que yo tengo.

—Bajé en efecto, y el brigadier hizo lo mismo; pero se quedó á la puerta.

Entré con el mariscal, quien me enseñó un látigo que me apresuré á reconocer.

—No dudo que sea de V., dijo él, hablando de manera que pudiera oírlo el brigadier, porque estoy cierto de haberle visto ayer en manos de su criado de V., á quien he reconocido al instante, lo mismo que al caballo; sin embargo, no estaba enteramente seguro de ello, porque esta mañana ha venido un caballero á hacer herrar un caballo, y podía ser que le hubiera olvidado; con tanta mas razón, cuanto que iba muy deprisa.

Y acercándose á mi oído con una apariencia de misterio, me dijo:

—Tan de prisa como un tejón que ha sentido los perros.

—¡Oh! dije, entonces será algún noble, algún no juramentado.

—Justo; no he dicho nada; pero le he conocido muy bien; venia de Locurora... y era un predicador famoso que llaman Bernardo.

—¿Se dirigia hacia Dinan?

—Es muy posible porque tomó el camino de Matignon, pero es que todo esto se lo digo á V. en confianza; pero no quisiera que le sucediese nada malo; yo soy un cristiano, bautizado, confirmado y todo... los no juramentados son los buenos: los jurados ¡ah! ¡quisiera hacer una bigornia con sus cabezas!

—Descuide V. por mi parte, le dije saliendo; pero tenga V. cuidado de que no le oigan.

—No hay nadie, replicó el mariscal, echando al rededor una mirada rápida.

En efecto, el brigadier acababa de reunirse á su gente y estaban montando á caballo. Había yo subido á mi carruaje y él me deseó un viaje feliz.

—¡Qué! ¿no viene V. á Saint Briene? Le pregunté con fingida sorpresa.

—No, me dijo volviendo grupas, y tomó con los suyos el camino de Matignon.

Apenas les hube perdido de vista, cuando eché mi caballo al galope temiendo que volvieran á buscarnos. Anduvimos una legua, sin hablar siquiera y volviendo la cabeza á cada instante para asegurarnos de que no nos seguían.

—Decididamente nos han dejado, y espero que V. se salve.

—Gracias á la generosidad de V.

—Le he visto á V. espuesto á perder la vida, y he debido hacer lo posible por salvarla.

—¿Cómo podré agradecer á V. el haberse espuesto así por un desconocido?

—Usted se engaña, le dije, el antiguo vicario de Coetmieu no es desconocido para mí.

—¿Cómo!

—¿No se acuerda V. de aquel muchacho que no quería ser un mal cura y á quien V. tenía meses enteros á pan y agua para darle vocación?

—¡Bautista! gritó.

—El mismo.

—¿Sereis vos?..

—Aquel mal hombre de que se había V. hecho carcelero y que en su desesperación juró tantas veces vengarse.

Bernardo me miró con espanto.

—Ve V. que acabo de cumplir mi venganza, el recuerdo de lo que acabo de hacer castigará bastante el mal que me habeis hecho.

—Al violentar sus inclinaciones de V. cumplía con un deber, balbuceó el sacerdote con embarazo.

—Como yo he cumplido otro librando á V. de la horca: cada uno tiene su misión en el mundo y comprende el deber á su manera.

Bernardo se puso encarnado.

—Usted ha obrado como un buen cristiano, dijo con voz algun tanto alterada: Dios se lo tendrá en cuenta. Por lo demás no quiero esponder á V. por mas tiempo. El castillo del marqués de Lormier debe estar cerca de aquí.

—Una legua poco mas ó menos.

—En cuanto se descubra me separaré de V.

—¿Por qué?

—Porque espero encontrar en casa del Marqués un asilo seguro.

—En efecto, repliqué yo, su castillo es un centro de conspiración donde será V. bien recibido: allí podrá V. ayudar al señor de Lormier á sublevar á las parroquias contra las ciudades.

—¿Sospechais?...

—No, nada sospecho, he oído el sermón que ha predicado V. la noche última.

—Usted...

—Y he leído además los *actos de fe, esperanza y caridad* que usted ha escrito y que nada dejan dudar respecto á las ideas de V.

—No he tratado yo tampoco de ocultarlas, dijo con una impaciencia altanera, y la prueba es que estoy proscrito; así que, aseguro á usted que mientras pueda hablar no dejaré de aconsejar á los fieles que sostengan su fe aun con peligro de su vida.

—¿Es decir que predicará V. la guerra?

—Les diré que imiten á la tribu de Levi, por haber sacrificado á seis hermanos que estaban prosternados delante de los ídolos.

—En buen hora; pero como yo soy uno de esos hermanos, que amo mis ídolos y que no deseo que me sacrifiquen vuestros levitas los bajos bretones, le declaro á V. que no irá al castillo de Lormier.

—¿Y adonde me llevará V., me dijo?

—A Legué.

—No conozco allí á nadie.

—Pero yo conozco á un capitán que se encargará de conducir á V. á las islas británicas.

Bernardo exclamó:

—¡A las islas británicas! Jamás consentiré en ello; y V. no puede disponer de mí contra mi voluntad: así deténgase V., caballero; yo no soy prisionero suyo, y quiero bajarme aquí.

Por toda respuesta di un latigazo á mi caballo: él quiso saltar al camino, pero le detuve; y con un tono firme le dije:

—No bajará V.: he cumplido un deber como hombre, arrancando á V. á la prision y á la muerte; ahora es necesario que cumpla otro como ciudadano, impidiéndole que fomente la guerra civil. Esta es la única condicion bajo la cual se me podría excusar el haber librado á V.

—Es decir, que V. se constituye en juez mío y me condena al destierro?

—Solamente condeno á V. á vivir sin hacer mal. Si para esto es necesario que V. parta, creo que eso es lo menos perjudicial aun para V. mismo. Al obrar así, no obedezco ni á un odio de partido ni á un rencor personal: todo lo que le falta á V. puede pedírmelo: procuraré además proteger la huida de V., proveer á sus necesidades; pero no permitiré que conspire V. contra el país, por culpa mía y delante de mí; porque esto sería asociarme á la traicion de V.: por otra parte, ese destierro de que V. tanto se queja, le han escogido la mayor parte de los que estaban en su caso, como la sola via de salvacion, y allí se reunirá V. con ellos.

Quiso hablar; pero le interrumpí diciendo:

—Mi resolucion está tomada, y nada podrá cambiarla: sabe V. muy bien que está á mi disposicion, y que toda resistencia que quiera oponer no servirá mas que para perderle; conque así sométase V. á mi voluntad y deje el vengarse para mas tarde.

El me lanzó una mirada de basilisco, cruzó los brazos sobre el pecho, y murmuró con voz sorda una amenaza que no pude oir.

Llegamos á Saint-Briene el mismo día, desde donde volvía á Legué para ajustar el pasaje de Bernardo en un buque, á cuyo patron conocia, y á la noche siguiente salió para Guernesey.

Supe mas tarde que habia llegado á Lóndres, donde tomó una parte subalterna en las intrigas de los emigrados; que habia venido muchas veces á la Bretaña con mensajes para el señor de Poisaie; que habia formado parte de la expedicion de Quiberón, y que habiendo vuelto por fin á Inglaterra, murió en la mayor pobreza, desdénado de todos, y con la desesperacion de un ambicioso que no habia podido lograr sus deseos.

Era el año de 1794; habian pasado cinco desde nuestro primer viaje á Brest, cinco años que habian bastado para trasformar la sociedad. Volvía yo á aquellos sitios con el corazon oprimido y el presentimiento del lúgubre cambio que iba á encontrar.

Mi caballo se hirió al llegar á Morlaix, y no queriendo detenerme me vi en la precision de tomar una especie de charaban cubierto, que hacia el servicio desde Brest á esta ciudad.

En esta época eran muy contados los viajeros: nadie salía de casa evitando el hacer ruido, porque era necesario que no le sintiesen á uno vivir si queria vivir seguro.

Al tiempo de partir me encontré solo, y el principio de mi viaje fué naturalmente silencioso. El postillon, que por su traje y gorro encarnado manifestaba desde luego ser un excelente ciudadano, habia entonado la Marsellesa dando latigazos á sus dos rocines Pitt y Coubourg, jurando contra los baches, y tratando de aristócratas á los caminos, que desmivelados por la artillería, estaban verdaderamente intransitables; pero al cabo de una hora se cansó de cantar y jurar, se volvió hácia mí y me dirigió la palabra, diciendo:

—Ciudadano, ¿hace mucho tiempo que no has ido á Brest?

—Cinco años.

—¡Cinco años! ¡Ah! Entonces estábamos en tiempo de la monarquía. Encontrarás que ya se ha vuelto la tortilla. Las gentes de antaño ya no son tan orgullosas: hay mas de ochocientos encerrados en un castillo.

—¿Y se hacen ahora muchas ejecuciones?

—¡Quí! ninguna. El prior de la Marne es un buen sansculotte, pero no tiene hambre de aristócratas...

—¿Preguntais por Laignelot? ¡buen pájaro está! Dice que los republicanos no necesitan mas que pan y hierro. Cuando llegó la primera vez estaba yo en el club, y desvainando el sable y poniéndole encima de la mesa á manera de pluma, dijo:—Vengo de Rochefort, donde he dispersado á los aristócratas, á los monopolistas y á los moderados. Conmigo traigo el barbero de la república, y espero que tendrá el placer de hacer uso aquí de su navaja nacional.... Entonces presentó al vengador público.

—Al verdugo!

—¿Y qué? todos dimos al ciudadano el abrazo fraternal, y para probar que teníamos principios sólidos le nombramos en seguida presidente del club, como para decir á los aristócratas que ya era tiempo de que tiraran sus corbatas.

—¿Y comenzaron entonces las ejecuciones?

—Sí; pero duraron poco, porque Laignelot se marchó y Juan Bon Saint André se fué con la escuadra; pero es de esperar que á su vuelta empezarán de nuevo. A fe que buena falta hace, porque esto no marcha. No hay un viagero, y es necesario que coman mis caballos y mis hijos.

—¿Tienes hijos? le pregunté, deseando cambiar de conversacion.

—¡Soy por ventura aristócrata para no tenerlos? Tengo seis, y el mayor que cuenta doce años es ya todo un patriota, y ha sido recibido como miembro de la sociedad regenerada.

—Pues qué! ¿Forman los niños parte de vuestro club?

El cochero guiñó los ojos con aire de orgullo.

—Regularmente no sucede así; pero ahí tienes lo que son las cosas. El muchacho entiende mucho de pluma, y el maestro le ha mandado hacer una muestra en que decia:

El mundo no será dichoso hasta que no se haya ahorcado al último de los reyes con las tripas del último de los curas.

Y despues le envié con los diez mas adelantados de la escuela á presentar su plana á Laignelot, quien quedó tan satisfecho de la buena educacion que se da á los niños, que los hizo admitir como miembros del club, si bien es cierto que estos muchachos tienen un banco aparte, adonde van á cantar la Marsellesa y á gobernar el país en union de sus padres.

En este momento pasábamos delante de una posada, y el cochero se detuvo, preguntando:

—Eh! Hay algun viagero para mí?

Y apeándose entró en la posada.

Al saber que iba á tener un compañero de viaje me puse de mal humor. Siempre he tenido una grande aversion á esas cohabitaciones improvisadas de los carruajes públicos que os obligan á vivir un dia entero con un desconocido; pero las circunstancias aumentaban considerablemente esta aversion. El solo aspecto de un extranjero era un motivo de inquietud en esta época en que se veía denunciado sin saber cómo, en que una palabra era suficiente para matar á cualquiera, y hasta el silencio mismo se hacia sospechoso. Era necesario estudiar los gestos, las miradas, las impresiones; poner al miedo cara á cara delante del pensamiento, no para ser comprendido, sino para dejar de serlo. Previendo el fastidio y el cansancio de un disimulo tan estudiado, padecia de antemano, pero por fortuna no tuve necesidad de usar de él.

El extranjero á quien habia ido á buscar el cochero, se presentó en el estribo; me desvié para dejarle sitio, y me dijo saludándome:

—Perdonad si os incomodo.

Este saludo me reanimó; la finura de este hombre acababa de revelar-me su opinion, y con solo no tutearme habia hecho una profesion de fé y acto de valor. Al ver esto creció mi confianza, y se trabó la conversacion.

Pronto supimos reciprocamente que teníamos amigos comunes; esto era ya casi conocerse: de consiguiente la conversacion llegó á hacerse fácil y familiar. Mi compañero de viaje conocia á Brest, por haber estado poco tiempo antes.

Entre tanto seguíamos caminando, y el país que atravesábamos ofrecia un aspecto cada vez mas desolado. Estos campos, que habia yo visto en otro tiempo tan llenos de mieses y de árboles, tan perfumados, tan armoniosos, estaban en el dia secos, tristes y solitarios. Las casas que en otro tiempo elevaban en medio de los árboles las agujas de sus torres y sus caladas veletas, despojadas ahora de sus sombras y ennegrecidas por los incendios, elevaban sus descarnados esqueletos á uno y otro lado del camino. Los cotos de los caminos yacian en el fondo de los barrancos pantanosos, y las fuentes interceptadas por las malezas y las hojas secas, habian perdido sus náyades protectoras. Algunas veces cuando pasábamos cerca de una cabaña, se nos presentaba tambien una iglesia con sus delicadas esculturas y sus aéreos calados; pero apenas conservaba mas que algunos pedruzcos de cristal en sus ventanas. Sus elegantes balastradas, sus estrañas cariátides, sus arabescos modelados en Kersauton, habian sido mutilados, y el suelo estaba sembrado de sus fragmentos, y en la puerta, en lugar del rostro sereno de un aldeano saliendo con la cabeza desnuda y las manos juntas y metidas en un gran sombrero, vimos el chacó de un gendarme que estaba fumando en el dintel del lugar sagrado, que por efecto de las revoluciones se habia convertido en cuadra.

Cuanto mas nos acercábamos á Brest los campos estaban mas incultos, no se percibia ni ganado ni labradores. Solo se veian de cuando en cuando algunos caballos flacos escapados á la requisa, que movian los brazos espinosos, levantaban la cabeza al menor ruido, y huian espantados á la vista de nuestro carruaje. A lo largo del camino distinguíamos algunas cabañas abiertas y abandonadas, como si el enemigo hubiera atravesado poco antes por aquel país. En las casas mas lejanas, y de las que se veia elevarse el humo hácia el horizonte, no se sentia ningun rumor, ni ningun canto de sus habitantes

se extendía á lo largo del valle: todo permanecía silencioso y como aterrado.

—Se creería, dije yo á mi compañero de viage, que igualmente que yo miraba con tristeza el cuadro desolado que teníamos delante de los ojos, se creería que la guerra, el hambre y la peste acaban de pasar por este país.

—Así es, dijo él, y se explica con una sola idea y una palabra: el pueblo es el que ha quemado sus casas, arruinado sus campiñas, cerrado las iglesias, arrojado á los habitantes de ellas; y sin embargo, ¡qué idea mas bella y mas santa! ¡qué palabra mas seductora y mas dulce: *¡soberanía del pueblo! ¡república!*

Cuando mi compañero acabó de hablar así, distinguimos unas carretas cargadas de marinos heridos que venían de Brest. Tendidos los enfermos sobre un poco de paja ensangrentada, abrasados por la fiebre y por un sol devorador, carecían de todo. Algunos que habían muerto ya iban atravesados en los carros con la cabeza y los pies colgando, y sirviendo de almohada á sus camaradas. Otros, tendidos sin movimiento, experimentaban los silbidos horribles del estertor que acompaña siempre á las agonías difíciles y combatidas. En cuanto á los que aun conservaban alguna fuerza, ninguna queja hacía traición á sus padecimientos y entonaban á media voz esas canciones mágicas con que entonces se moría.

Al pasar cerca de ellos les saludamos deseándoles un buen viage, y por toda respuesta lanzaron al cielo el grito de *¡viva la república!*

Este grito produjo en los moribundos una conmoción galvánica, agitaron sobre la paja ensangrentada, y levantaron sus heladas manos al cielo como para que acompañaran á la voz de sus compañeros.

Nosotros nos detuvimos, llenos de respeto, silenciosos y con la cabeza descubierta delante de este espectáculo admirable.

(Concluirá.)



(Alonso Cano.)

AMOR A VISTA DE PAJARO.

CAPITULO III.

Don Blas.

La góndola del Escorial que, como la ballena de Jonás, llevaba en su vientre á Meneses, y sobre sus narices, permitásenos la comparación, á Francisco, comenzó á rodar mucho mas aprisa que hubieran apetecido amo y criado; el primero porque todo movimiento rápido y desigual era un ataque permanente á su natural indolencia, y el segundo porque temía que el carruaje doblara mal alguna esquina, tro-

pezara en algun guardacanton, ó cogiera algun bache, y lo despidiera, estrellándolo contra alguna reja saliente ó contra el balcón de un entresuelo, á cuya altura se encontraba. Por lo demás, amo y criado no tenían motivo de queja; pues ambos viajaban en la mas sabrosa compañía. Acompañaban á Francisco dos aguadores, asturiano el uno y gallego el otro, aunque ambos tan borrachos como dos cubas, que en vez de fraternizar republicánamente, ya que se encontraban los dos en el mismo grado de embriaguez, disputaban furiosamente la supremacía de sus provincias, poniéndose de oro y azul, á causa de que el uno había bebido *Cariñena* y el otro *Valdepeñas*; y es fama que estos vinillos no se encontraban á la sazón en la mejor inteligencia. Francisco intentó dos ó tres veces ponerlos en paz; pero los contentientes, que se entretenían con la guerra, le amenazaron con arrojarlo desde la imperial al camino; y como Francisco era hombre poco aficionado á las caídas, los dejó reñir á su sabor por no sufrir la suerte que ordinariamente cabe á todo mediador impotente. Meneses encontró en la berlina dos compañeros muy distintos. Llevaba á su izquierda un hombrecillo de cuatro pies y seis pulgadas, flaco como un pollo madrileño, y dotado de una vocellita de tiple, la mas chillona y desagradable que pudiera un músico imaginar. Pero como en este pícaro mundo rige un sistema de compensaciones mucho mas arreglado que á primera vista parece, llevaba Luis á su derecha una matrona de cinco pies y dos pulgadas de estatura y nueve pies de circunferencia. Esta muger tendria á lo mas cuarenta y tres años, y el mismo Labrand podía envidiarla su hermosa voz de bajo profundo. Estos dos seres, entre los cuales había puesto la naturaleza cualidades tan directamente contrarias, estaban sin embargo unidos por el santo lazo del matrimonio; prueba clara de que los dos habían querido contribuir poderosamente al sistema de las compensaciones. Otro cuarto bicho viviente iba en la berlina; y este cuarto bicho era un perrito inglés lanudo, propiedad del heterogéneo matrimonio. Cuando supo Luis el estrecho vínculo que á sus compañeros unía, dijo para sí:

—Estos esposos irían mejor juntos, como dos pichones, y yo iría un poquillo menos incómodo en un asiento de rincón.

Esto decía Luis, porque ignoraba que los esposos habían hecho la misma cuenta respecto á la comodidad, y sacado en limpio que la posesión de los rincones merecía una corta separación. Por lo demás no sufrió Meneses otras incomodidades que las de ver sobre sus espaldas y rodillas, cien veces poco mas ó menos, el perrito; las arias y duos de los esposos; y un terceto de esposo, esposa y perro, que casualmente cantaba de tenor: pero en cambio cuando volcó la diligencia, y el vuelco de la diligencia debe contarse entre los acontecimientos ordinarios del camino, Luis quedó completamente sano y salvo; porque á su cuerpo sirvió de mullido colchón la obesa esposa, y á su cabeza de almohada el faldero, que quedó casi enteramente estrellado contra una persiana. También Francisco encontró su compensación cayendo sobre los dos gallegos; los cuales, en su cualidad de borrachos, no se hicieron el menor daño y prosiguieron su disputa.

Como todo acaba en el mundo, menos el amor de la muger que ni tiene fin ni principio, acabó el camino de San Lorenzo, y Francisco condujo á su amo á la fonda en que había dejado á Magdalena y su familia. Pidió Luis una habitación, se instaló en ella, tendiéndose inmediatamente sobre la cama, y encargó á su criado que averiguara si los huéspedes á quienes seguían no habían mudado alojamiento. A los tres minutos estaba Francisco de vuelta, y entró gritando:

—Buenas nuevas.

—¿Qué sucede? Preguntó Luis.

—La señorita Magdalena y su familia continúan en la fonda sin la mas leve novedad.

—¿Y qué mas has averiguado?

—Nada mas.

—¿No sabes quiénes son siquiera?

—No señor: pero es fácil averiguarlo.

—Anda y averigüalo.

—No soy yo quien debe y puede hacerlo.

—¿Pues quién?

—Usted.

—¿De qué manera?

—Vístase V. de limpio: vaya en busca de sus amigotes, que muchos de ellos se encuentran en el Escorial, y no faltará quien conozca á la señorita Magdalena.

Luis hizo un esfuerzo, como si intentara levantarse, se pasó la mano por la frente como si se hallara agobiado de un fuerte dolor de cabeza; y, acomodándose mejor, dijo:

—Francisco, son las nueve y media de la noche y no hemos comido.

—Es muy cierto: repuso el criado bostezando ligeramente.

—Haz que nos dispongan inmediatamente una comida ó una cena, lo que se sirva aquí á estas horas.

Francisco no se hizo repetir una orden que estaba de acuerdo con sus necesidades é inclinaciones gastronómicas, y á las diez en punto entraba cargado en el cuarto con manteles, cristal y vajilla, y poco despues presentaba á su amo algunos manjares succulentos. Luis hizo los honores á la cena con un regular apetito: pero cuando empezaba á comer los postres, Francisco que se encariñaba mucho con sus ideas, le dijo:

—Acabe V. pronto de cenar, si ha de preguntar á sus amigos por la señorita Magdalena; porque se va haciendo algo tarde.

—Tienes razon, Francisco, repuso Meneses levantándose.

—¿Qué pantalones se pondrá V.?

—Si en lo que tienes razon, Francisco, es en decir que es ya muy tarde.

—¿De modo que V. pensará en acostarse?

—Cabalmente.

—¿Sin averiguar...?

—Por la mañana tomaré mejor mis informes. Cuida de llamarme temprano.

—¿A qué hora, señor?

—A las diez.

No era grande la madrugada; pero Francisco conocia perfectamente á su amo para exigirle otra mayor. Lo desnudó, como hubiera podido hacerlo con un niño de cuatro años, y cuando lo dejó acostado se fué á dormir á pierna suelta.

Aunque Meneses parecia muy prendado de Magdalena, no lo estaba tanto que el sueño huyera de sus ojos, ni habia motivo para ello. Luis habia visto á la hermosa jóven una sola vez, y en la calle; es verdad que le habia parecido divina, y que habia creído recordar un rostro visto de muy lejos ó en sueños, pero demasiado habia hecho andando tras ella siete leguas, y por otra parte estaba seguro de verla, y aun de hablarla, al día siguiente; porque Magdalena no podia haber ido al Escorial con otro objeto que el de pasar los meses de calor, y en el Escorial todo el mundo se vé, se conoce y se trata. No puedo asegurar que Luis hiciera estas juiciosas reflexiones; pero es indudable que se durmió con el firme propósito de no despertar en once horas; una menos que de costumbre.

El hombre propone y Dios dispone: á las cinco de la mañana dormia Meneses con el sueño que debieron tener los justos, cuando habia justos en la tierra, y que tienen los niños, porque los niños son de todos los tiempos y han debido abundar siempre un poquillo mas que los justos; cuando entró Francisco en su aposento. Luis despertó al instante, y pareciéndole que habia dormido muy poco para que entraran á llamarlo, preguntó:

—¿Quién vá?

—Soy yo, señor: repuso Francisco acercándose.

—¿Qué hora es?

—Las cinco.

—¡Majadero! ¿No te digo que me llamas á las diez en punto?

—Es verdad, pero una ocurrencia imprevista me ha obligado...

—¿Qué ha sucedido? le interrumpió Luis con alguna ansiedad.

—La señorita Magdalena se ha marchado.

Meneses se sentó de un salto sobre su lecho; operacion gimnástica que habia hecho muy pocas veces en su vida, y mirando á Francisco con ojos espantados le preguntó:

—¿Qué has dicho?

—Que la señorita Magdalena se ha marchado.

—¿Sola?

—Con toda su familia.

—Es imposible.

—Los he visto.

—¿A qué hora se han marchado?

—A las cuatro y media.

—¿Y has tardado media hora en decírmelo! ¿Por qué no viniste á despertarme?

—Porque tuve que atender á otra cosa mas importante.

—¿A cuál, Francisco?

—Creia necesario averiguar hácia qué punto se dirigian.

—¿Y lo has conseguido?

—Sí señor.

—¿Hácia donde van?

—Se vuelven á Madrid.

—Cosa mas rara! Francisco, esta tarde nos volvemos tambien á Madrid.

—Ya lo presumia, y tengo en mi poder los billetes.

—¿Y qué billetes has tomado?

—La berlina entera.

—Bien hecho. Así irá solo.

—¿Y yo, señor?

—Toma otro asiento.

—Solo quedan los de la imperiala.

—¿Qué remedio! Pero dime: ¿no has adquirido algunas noticias referentes á esa familia?

—He preguntado á todos los criados de la fonda, y me han dicho que ha pasado el día y las dos noches sin salir de sus habitaciones, á no ser ayer de mañana que estuvo en el monasterio hora y media.

—¿Y te han dicho si han venido á verla algunas personas?

—Ninguna.

—Cosa mas rara! ¿Pero á lo menos habrás averiguado quienes son?

—Un poco.

—¿Cómo un poco?

—Me han dicho que el señor se llama don Blas.

—¿Don Blas de qué?

—No saben su apellido.

—A cada viaje averiguas un nombre que de nada me sirve; llévase el diablo á ti y á don Blas.

CAPITULO IV.

UN BORROW.

Mucho debia contar Meneses con la permanencia de Magdalena en el Real Sitio, porque la noticia de su marcha le hizo una impresion muy profunda y desagradable. Se tiró del lecho con una agilidad febril, y se vistió con tanta presteza, que Francisco no tenia tiempo para irle alargando la ropa. Luego que se hubo vestido salió al campo; subió á la silla de Felipe II, bajó despues al Monasterio, y empezó á recorrerlo con tal rapidez, que Francisco lo seguia turbado y jadeante. Sin pensar en ello quizás, llegó á la cornisa de la iglesia, y empezó á caminar por ella con tan resuelto desembarazo, que Francisco se santiguó dos ó tres veces, y dijo para su interior:

—Si será sonámbulo mi amo, y casualmente se hallará en un acceso de sonambulismo.

De repente se paró Luis; retrocedió hasta la entrada de la cornisa; volvió á adelantarse, contando los pasos; se quedó inmóvil en el mismo punto que habia el día antes contemplado Magdalena durante una hora; fijó su mirada en el pavimento de la iglesia y llamó á su criado. Francisco, que estaba detras de su amo, pero lo mas pegado al muro imaginable, se contentó con responder:

—Aquí estoy, señor.

—Ven acá.

Francisco dió un paso y se detuvo.

—¿No te acercas? insistió Luis con algunas muestras de impaciencia.

—Me mareo, repuso el criado, y temo caerme á la capilla.

—No importa: replicó Meneses; cogió una muñeca de Francisco y lo arrastró hasta colocarlo á su lado. La posicion no era muy segura, y Francisco se encontraba mucho peor que en la imperiala de la góndola, y temblaba como un azogado.

—Mira hácia abajo: dijo Luis.

—Si miro, me caigo de seguro: tartamudeó el infeliz criado.

—No importa. Si no miras, te empujo y te sale la misma cuenta.

Francisco inclinó la cabeza; pero un torrente de sudor se desprendia de sus cabellos.

—¿Ves el altar mayor? le preguntó Luis, señalándose con el dedo.

—Sí señor; murmuró el criado: y por cierto que me parece muy pequeño.

—A mí me parece lo mismo; y hablas como hombre de provecho.

—¿Me puedo retirar, señor?

—Todavía no. Ahora empieza á contar doce losas, desde la grada interior del presbiterio.

—No puedo, señor. Empiezo á perder la cabeza.

—No importa, Francisco: haz un esfuerzo, y serás un hombre de pró.

—Una, dos, tres: murmuró el criado, haciendo como que contaba, y llegó hasta doce.

—Detente. ¿Sabes á quien vi de pié sobre esa losa, ayer hizo un año?

—¿A quién, señor?..

—A Magdalena.

Despues de pronunciar este nombre soltó Luis la mano de Francisco, y este, pegado siempre al muro como un bajo relieve, dejó la cornisa al momento. Meneses se detuvo algunos instantes contemplando la losa que habia sostenido á tan hermosa criatura, y se retiró lentamente.

Estas acciones y palabras esplican por qué Magdalena habia permanecido una hora mirando hácia arriba, como si esperara la aparicion de un serafin; pero para poder dar á este incidente el valor que le corresponde es necesario referirlo con la conveniente brevedad.

El día diez y siete de julio del año anterior se encontraban en sar Lorenzo, Luis, que habia llegado la noche antes, y Magdalena, que

había pasado en él quince días y debía dejarlo aquella tarde. Por una extraña coincidencia la que se iba y el que había acabado de llegar se encontraban al mismo tiempo en el interior del Monasterio: pero en tanto que Magdalena echaba la última ojeada á la imponente iglesia, Luis se paseaba por la cornisa, sin acordarse del peligro. Meneses, como todo el que ha visitado el Monasterio del Escorial, había observado que las exactas proporciones del edificio lo empuñaban, y que para comprender su magnitud era necesario recurrir á la comparación. Esto había hecho recurriendo á las estatuas, que desde abajo le habían parecido de tamaño natural, y de cerca las había encontrado colosales; y esto quiso hacer con las personas que se encontraban en la iglesia. Para conseguirlo mejor se paró sobre el mismo borde de la cornisa, y entre otras figuras llamó su atención una muñequita bastante linda que no apartaba de él los ojos: esta muñequita era Magdalena, que desde la cornisa parecía de dos pies de alto nada más. Para conservar todos los pormenores de este incidente, contó Luis las losas, y vió que su mugerita se hallaba sobre las doce, contando desde el presbiterio, de una línea determinada. Magdalena vió, en la cornisa, otro muñeco; le llamó mucho la atención la serenidad de aquel hombre, que esponía su vida sin apercibirse de ello, y contó los pasos que la separaban del presbiterio, para saber á ciencia cierta desde qué punto había presenciado lo que ella consideraba una heroicidad. Luis no se había vuelto á acordar de la mugerita; y sin embargo, el día que la encontró en la calle, creyó que la había visto bajo otra forma, como sucede con un retrato al natural cuando se ha visto una miniatura: pero Magdalena, mas romancesca, no había olvidado al hombrerito de la cornisa; había soñado con él mas de veinte noches seguidas; y había vuelto al Escorial el cumpleaños de este incidente, con la esperanza de encontrar al semi-dios de sus ensueños. Ya hemos visto que los lugares volvieron á Luis la memoria, y que encontró la identidad entre Magdalena vista á ojo de pájaro y Magdalena á vista de hombre.

Por imitar á Magdalena, ó por no tener que contestar á las importunas preguntas de sus numerosos amigos, se encerró Luis en su aposento, y esperó en él la hora de volverse á la corte, pensando mas en la fatalidad que lo alejaba de Magdalena, que en las fatigas del camino. Llegó el momento deseado, como llegan los que se temen, y tuvo la inefable dicha de encontrarse solo en la berlina; aumentándose el recuerdo de los importunos compañeros que había tenido la tarde antes. El viaje fué lo mas feliz imaginable, y á las treinta horas de haberla abandonado, se encontraba Meneses reclinado en su gran butaca de viento. Francisco, un tanto amostazado por haber venido en la imperial, estaba á dos pasos de su amo, en actitud de esperar órdenes; pero sin tomar una iniciativa, que venia perfectamente á Luis, porque le ahorra hasta el trabajo de pensar.

—Francisco, murmuró Meneses, intentando de esta manera hacer hablar á su criado.

—Señorito; repuso Francisco, sin modificar su actitud.

—¿Qué dices?

—Nada, señorito.

—¿Pero qué piensas?

—¿Sobre qué?

—Sobre nuestro viaje.

—Estaba pensando, señor, que me encuentro bastante cansado.

—Y yo estoy pensando, repuso Luis, conociendo la mala intención de su criado, que cuando yo te rompa la cabeza descansarás perfectamente. Y acompañando la acción á la palabra, tiró un ejemplar de *Los tres mosqueteros*, encuadernado en tafete, á la cabeza de Francisco. Este, que esperaba el ataque, tenia preparada la defensa; con la agilidad y precision de un chico que se bate á pedradas inclinó la cabeza, y el libro se estrelló en un fanal haciéndolo dos mil pedazos. Luis contempló un momento el destrozo que acababa de hacer; pero sin dar la menor muestra de disgusto dijo á Francisco:

—Repara, bruto, en lo que acabas de hacer.

—¿Qué he hecho? preguntó el criado con la misma calma que su amo.

—Romper ese fanal.

—Ha sido el libro.

—Si no hubieras bajado la cabeza....

—Estaria tuerto ó chato, é inútil para correr tras la señorita Magdalena.

Meneses había roto un fanal, pero había logrado que Francisco empezara á hablar de una manera razonable.

—A propósito de la señorita Magdalena; ¿sabes que hemos andado catorce leguas sin gran resultado? dijo Luis.

—Pero ya sabemos que su padre se llama D. Blas: repuso friamente el criado.

—Y es lo natural que á esta hora esten en Madrid.

—Es muy probable; si no han tenido la ocurrencia de irse á otra parte.

—Corre á averiguarlo, Francisco.

Francisco inclinó la cabeza, prestando mudo asentimiento á la orden que acababa de recibir; y salió sin decir palabra: Meneses estendió las piernas, echó una mirada á la alcoba, mecío la cabeza lentamente, y se resignó á no acostarse.

Trascurriría un cuarto de hora, que pareció á Luis un siglo, porque Luis tenia la desgracia de fastidiarse horriblemente en medio de su inmensa pereza, al cabo del cual volvió Francisco peor humorado que salió.

—¿Qué noticias? le preguntó Luis, haciendo uno de esos esfuerzos extraordinarios que necesitaba para hablar cuando se hallaba en el apogeo de su indolencia ó de su hastío.

—Ningunas: respondió Francisco, conservándose á buena distancia de su amo.

—¿Y tienes valor de presentarte sin traerme noticias, bellaco?

—Es que aunque no traigo noticias, traigo una cosa que se parece á una noticia.

—¿Qué cosa es esa?

—Que no podemos adquirirla esta noche al menos.

—¿Por qué?

—Porque me han dado con la puerta en los hocicos.

—Espícame un poco mas claro.

—Iba yo combinando un plan de espionaje, y combinando mi plan llegué á la calle de....

—El nombre de la calle no viene á cuento.

—Llegué á la calle de la señorita Magdalena. Iba á pararme frente de su puerta, para tomar aliento y dar la última mano á mi plan, cuando veo que cierran una hoja de la puerta y que se disponen á hacer lo mismo con la otra. En tan grave apuro me decidí por una revolución rápida y echo á correr....

—¿Hacia casa?

—No; hacia la puerta de la señorita Magdalena. Pero por mucho que corri me dieron con un tablero en las narices, oí correr un enorme cerrojo y dar dos vueltas á la llave.

—¿Por qué no llamaste?

—Hubiera sido un escándalo; pero si puedo asegurar que quien cerró la puerta fué una de las doncellas que acompañaron á la señorita á san Lorenzo.

—Entonces estamos seguros de que permanecen en Madrid.

—La doncella al menos.

—Si se hubiera marchado su ama, la hubiera seguido.

—Parece natural.

—Francisco, eres un tesoro; sin apercibirte tú de ello, has averiguado cuanto necesitábamos saber. Ahora desnúdame, que tengo un sueño prodigioso.

—¿Y para mañana qué plan tenemos, si es que V. insiste en adquirir nuevas noticias?

—Insisto mas que nunca. Mira: mañana temprano, y temprano llamo yo á las ocho, porque en Madrid amanece muy tarde, te instalas junto á la casa de Magdalena, y averiguas, tú sabrás cómo, el apellido de su padre.

—Procuraré hacerlo.

—No hay procuramiento que valga. Cuando yo despierte entrarás á darme la noticia.

Francisco se encojó de hombros, y Luis se acostó muy seguro de conocer al día siguiente la familia de Magdalena.

—El hombre pone y Dios dispone; decía Francisco, levantándose á las siete y media de la mañana del día diez y nueve de julio: ponga yo cuanto esté de mi parte, y disponga Dios lo mejor.

Con estos cristianos propósitos se encontraba á las ocho en punto ante los balcones de Magdalena; pero quedó sorprendido viendo en todos ellos cédula de alquiler.

—Esta es la mía, dijo para sí, en su afición á los monólogos. La familia de la señorita Magdalena piensa mudarse y ha puesto cédulas con anticipación; pues habiendo yo visto anoche á la doncella, de seguro no se ha mudado todavía. Con el pretexto de ver la casa me presento, y perderé el nombre de Francisco si no averiguo el apellido de D. Blas.

El plan no era malo, y Francisco se apresuró á plantearlo, pero había contado sin la huésped. El tirador de la campanilla estaba mudo; golpeó la puerta, y no acudieron á sus golpes; indudablemente la casa estaba deshabitada. Francisco no desmayó por ello; subió al cuarto segundo y llamó. Una criada joven y guapa, de esas que acandilan la boca, señal fija de que pretenden llegar á señoras, le preguntó qué se le ofrecía.

—Se ofrece, hermosa criatura, saber á donde se ha mudado la familia del cuarto principal: dijo Francisco guiñando el ojo lo mas gracioso que supo.

La criada se sonrió, para mostrar una dentadura tan blanca como el alabastro, y dió á Francisco la respuesta. Al oirla este se llevó

las manos á la cabeza, y sin despedirse siquiera, echó á correr y no paró hasta que estuvo á la cabecera de su amo.

—¡Francisco ó diablo! exclamó Luis, despertándose sobresaltado: ¿Te he llamado yo, por ventura?

—No señor; repuso el criado: pero vengo á decir á V. que la señorita Magdalena se ha ido.

—¿Cuándo?

—Anoche á las doce salió en las diligencias generales.

—¿Mi ropa, Francisco, mi ropa! exclamó Luis, arrojándose de la cama.

—¿A donde va V., señorito?

—A averiguar qué camino ha tomado Magdalena.

—Señor, me parece lo mas prudente que no piense V. mas en esa señorita. Si no está de Dios que V. la encuentre.

—Esté de Dios ó esté del diablo, la seguiré hasta el fin del mundo.

—Amen: murmuró Francisco no atreviéndose á contradecir á su amo.

Tres minutos despues, nunca Luis se habia vestido en tan poco tiempo, bajaba Meneses la escalera de su casa, seguido de su fiel Acates; y pasados otros cinco minutos se encontraban ambos en el despacho de las diligencias generales.

—Buenos días, dijo Luis dirigiéndose al encargado de la expedición de los billetes.

—Muy bien venido, caballero: repuso el encargado.

—Quisiera merecer á V. un favor.

—Explíquese V., caballero.

—Deseo saber si en la diligencia de anoche marchó una familia.

—¿En qué direccion?

—Eso es precisamente lo que deseo saber.

—Veremos si fué hacia Sevilla.

El encargado abrió un registro y empezó á leer á media voz:

—Don Antonio Gonzalez, con dos billetes mas...

—No es ese, interrumpió Luis.

—Don Calisto de la Rosa....

—Tampoco.

—Don Joaquin Carranza....

—Mucho menos. Veamos otra linea.

—Don Blas.... ¡Qué demonio! sobre el apellido ha caído un borron.

—¿Pero ese don Blas iba solo?

—Todo lo contrario: habia tomado el coche y la berlina entera.

—Muchas gracias, amigo mio. ¿Y ese don Blas iba....?

—A Bayona.

—¿Hay asientos para Bayona?

—Hasta el primero de agosto ninguno.

—Lo siento mucho, y muchas gracias.

—Servidor de V., caballero.

(Continuará.)

JUAN DE ARIZA.

Amores del rey Don Rodrigo con la princesa Eliata.

Ocupado aun el corazon de Rodrigo con los combates que habia sufrido en tan temprana edad, sus empresas guerreras y las inquietudes que habian acompañado á su reciente advenimiento al trono, no habia experimentado las dulces sensaciones del amor. Varias anécdotas se refieren sobre la primera beldad que halló gracia á sus ojos y fué elevada por él al trono; pero nosotros nos limitaremos á seguir los detalles de un cronista árabe (1) á quien da por auténtico uno de los mas célebres poetas españoles (2).

Entre las pocas plazas fortificadas que no habia querido desmantelar D. Rodrigo se hallaba la antigua ciudad de Denia, situada en las costas del Mediterráneo, y á la que defendia un castillo edificado sobre una alta roca que dominaba perfectamente el mar.

El alcaide de la fortaleza, acompañado de mucha gente de la ciudad, estaba un dia en la iglesia implorando á la Virgen que ahuyentara una tempestad que azotaba las costas, cuando un centinela trajo la noticia de que un crucero morisco estaba preparándose á desembarcar en la playa. El alcaide dió inmediatamente órdenes para que las campanas tocasen á rebato y se encendiesen hogueras en las eminencias de la montaña, con objeto de avisar y alarmar á los pueblos circunvecinos, pues estaban espuestas las costas á las crueles devastaciones de los cruceros berberiscos.

No tardaron mucho en aparecer á caballo innumerables habitantes de las cercanías, armados con lo que primero pudieron hallar á mano,

y todos precedidos por el alcaide que se constituyó en gefe, salieron de la ciudad. Al mismo tiempo, el barco morisco remaba desapoderadamente por llegar á la orilla. Ya le faltaba poco para conseguir su objeto, y los soberbios figurones dorados que decoraban su exterior, sus magníficos gallardetes y banderolas de seda, la multitud de remos caprichosamente pintados, daban á entender que no era un buque de guerra, y si una suntuosa galera destinada á alguna ceremonia de estado. Traia todas las señales del temporal, rotos los masteleros, medio destruidos los remos, y trozos del velamen y de las banderolas esparcidos por todas partes.

Al encallar el naufrago barco en la arena, la turba impaciente de cristianos se lanzó á él, ávida de cautivos y despojos; no pudo menos, sin embargo, de pagar alguna admiración y respeto á la ilustre compañía que venia á bordo, donde se hallaban moros de ambos sexos lujosamente ataviados, y revelando en su noble aspecto y en la multitud de joyas que les adornaban el alto rango á que pertenecian. Notábase entre todos una jóven radiante por la riqueza de su traje y su singular hermosura, á quien todos parecian rendir cierta sumisión.

Varios moros la rodearon con los alfanges desnudos, amenazando con la muerte al que se atreviere á acercarse. Otros saltaron del buque y corrieron á pedir de rodillas al alcaide que por su honor y nobleza, como caballero, protegiese á una virgen real de las injurias é insultos de sus secuaces.

«Ante vos tentéis, señor, le decian, á la hija única del rey de Argel; á la prometida esposa del hijo del rey de Túnez. La íbamos conduciendo á la corte de su futuro esposo, cuando la tempestad nos separó de nuestro camino, obligándonos á refugiarnos en vuestras costas. No seáis mas cruel que la tempestad, y prodigadnos generosamente lo que las olas y la tormenta nos han negado.»

El alcaide dió oídos á sus súplicas. Condujo á la princesa y toda su comitiva al castillo, donde se le hicieron todos los honores correspondientes á su clase. Varios de sus antiguos vasallos intercedieron por su libertad, ofreciendo cuantiosas sumas que, en nombre de su padre, pagarian por el rescate; pero el alcaide desoyendo sus deslumbrantes ofrecimientos, «es una cautiva real, decia, y solo mi soberano puede disponer de ella.» Por lo tanto, despues de haberla dejado descansar algunos dias en el castillo, y cuando se hubo recobrado enteramente de las incomodidades de la travesía y del terror de los mares, hizo que la condujesen con toda su comitiva y con la pompa correspondiente á una princesa, á la corte de D. Rodrigo.

Entró, pues, la hermosa Eliata (1) en Toledo, mas bien como una soberana triunfante, que como cautiva. Un cuerpo escogido de caballeros cristianos, cubiertos de ricas armaduras, abrian la marcha como simple guardia de honor. Rodeaban á la princesa las damas moras de su comitiva, y la seguia su guardia musulmana, ostentando todos el lujo que tenian reservado á la corte de Túnez. La princesa iba vestida en traje de novia, con los atavíos mas costosos del oriente; su diadema centelleaba con el fuego de sus diamantes, y estaba adornada con las plumas mas raras y preciosas del Paraíso; aun el mismo jaez de seda de su soberbio palafren que apenas tocaba al suelo, estaba bordado con perlas y piedras preciosas. Al atravesar la brillante cabalgata el puente del Tajo, no quedó habitante en Toledo que no saliese á contemplarla, no oyéndose por toda la ciudad otra cosa que alabanzas á la sorprendente hermosura de la princesa argelina. Adelantóse el rey Rodrigo seguido de los caballeros de su corte á recibir á la real cautiva. La vida voluptuosa á que últimamente se habia entregado, habia dispuesto su corazon á las sensaciones amorosas, y á la primera vista de la sin par Eliata quedó enteramente rendido á sus encantos. Viendo su hermoso semblante alterado por el sentimiento y la ansiedad, trató de consolarla con dulces y corteses palabras, y conduciéndola á su real alcázar, «hé aqui, la dijo, tu habitacion, donde nadie osará molestarte; desde este instante puedes considerarte en la mansion de tu padre y disponer á tu placer de cuanto apetezcas.»

Allí quedó, pues, la princesa con las damas que la habian acompañado de Argel, y á nadie era permitido visitarla, excepto el rey que cada dia sentia aumentarse mas su amor hacia la tierna cautiva, tratando por cuantos medios estaban á su alcance atraerse su afecto. Tan dulce tratamiento comenzó á disipar en la princesa el natural dolor de su cautiverio, pues justamente se hallaba en esa florida edad en que el sentimiento no puede albergarse por mucho tiempo en el corazon. Acompañada de las jóvenes damas de su corte, visitaba los anchurosos salones del palacio, y aspiraba en divertidos paseos el embalsamado ambiente de los jardines. Cada dia le inquietaba menos el recuerdo de la casa paterna, y cada dia aparecia el rey mas dulce y mas amable á sus ojos; y cuando por último le ofreció dividir con ella su corazon y su trono, le escuchó con los ojos bajos y ligeramente sonrojada, pero con aire de resignacion.

Un obstáculo quedaba aun que superar para cumplir los deseos del

(1) Pérdida de España por 'Albucacion Tarif Abentaoque.

(2) Lope de Vega.

(1) Algunos la llaman Zara.

monarca, y era la religion de la princesa. Rodrigo, inmediatamente encargó al arzobispo de Toledo que iniciase á la bella Eliata en los santos misterios de la fé cristiana. La inteligencia femenil es al mismo tiempo que dócil, muy pronta en concebir las escelencias de las nuevas doctrinas: así que, no tardó mucho el arzobispo en lograr su conversión, como tambien la de la mayor parte de sus damas; señalando en seguida el dia en que habia de celebrarse el bautismo público. La ceremonia se efectuó con gran pompa y solemnidad en presencia de toda la nobleza de la corte. La princesa y las damas, vestidas de blanco, marchaban á pié hácia la catedral, en tanto que una tropa de hermosísimos niños, vestidos de ángeles, iba sembrando el camino con flores, y el arzobispo, saliéndoles al encuentro, las recibió, se puede decir, en el seno de la Santa Iglesia. La princesa abandonó desde aquel momento su nombre morisco y fué bautizada con el de Exilona, por el cual se la llamó en adelante, y es generalmente conocida en la historia.

Las bodas de D. Rodrigo con la hermosa convertida se verificaron poco despues, celebrándose con la mayor magnificencia. Hubo fiestas, torneos, banquetes y otros regocijos públicos, que duraron por espacio de veinte dias, y á los cuales acudieron los nobles de todas partes de España. Despues de esto, los individuos de la comitiva de la princesa que rehusaron abrazar el cristianismo y deseaban volver á Africa, fueron enviados á ella con magníficos regalos y acompañados por una embajada al rey de Argel para participarle el enlace de su hija y asegurarle la sincera amistad de D. Rodrigo.



Nuestra Señora llamada la Antigua, sita en su capilla en la catedral de Toledo.

ALCAIDE DE LOS DONCELES.

Algunos de los que profesan veneracion y respeto á todo lo antiguo, y que se persuaden que ciertos cargos son tanto mas distinguidos, cuanto mas remota es su creacion, han recorrido con avides nuestra historia para buscar el origen de esta dignidad; pero sus investi-

gaciones no han producido feliz resultado, porque yace envuelta en la mas completa oscuridad. La primera noticia que se halla de estos alcaides es en el reinado de D. Alonso XI, ó el último que dió este título á Alonso Hernandez de Córdoba, señor de Cañete, en la batalla de Tarifa; pero no se puede afirmar si se conocía ya antes este oficio ó se creó entonces, porque son de igual valor las razones que militan en pro y en contra. La misma palabra de alcaide, que es dición arábigo, y que equivale en castellano á guarda de castillo ó fortalezas, parece que demuestra que se instituyó este cargo en una época anterior á la que nos referimos. No era posible tampoco que D. Alonso olvidara al espedir su nombramiento al señor de Cañete, que establecía esta dignidad, porque así se hacia resaltar mas el mérito de su predilecto vasallo, que ya por su fidelidad, ya por sus buenos servicios habia merecido tan señalada honra. Pero si revisamos las leyes de Partida que tan minuciosa cuenta dan de los oficios mas notables en lo antiguo, con especificacion de sus respectivas obligaciones, y vemos enteramente olvidado el que ahora nos ocupa, nos veremos precisados á confesar que efectivamente se creó al disponerse para la batalla de Tarifa, ó como otros pretenden, al determinar el cerco de Algeciras. Esta opinion parece la mas probable, porque los reyes cuando acometian empresas de esta naturaleza, solian establecer nuevos oficiales, ora para poder dividir el ejército y confiar el mando de estas divisiones á los entonces nombrados, ora para procurarse mejor éxito. Estas consideraciones influyeron sin duda alguna en el ánimo del santo rey Fernando, que fundó el almirantazgo para la conquista de Sevilla, y obligaron á D. Juan I para la de Portugal á nombrar el condestable y los mariscales.

La denominacion que se le habia dado indicaba al parecer, que debia cifrar su principal cuidado en la custodia ó guarda de los donceles, ó pages del rey; pero las circunstancias que concurrieron á su creacion, la proximidad al combate, el mando que se le confiaba, y la precision en que estaba de medir su brazo con los enemigos y dar los primeros golpes, nos persuaden que debia ponerse á la cabeza de una compañía de hombres aguerridos, que si bien habian sido educados en la cámara del monarca, habian ya dado muestras de tener esforzados corazones, y constituian su guardia especial; ó como dice un escritor, eran los caballeros de la mesnada del rey.

La reina doña Juana en un privilegio que espidió á favor de Don Diego Hernandez de Córdoba, capitán general del reino de Tremecen, y alcaide de los donceles, consignó las especiales obligaciones de este funcionario, y se deduce de su lectura que era uno de los oficios mas distinguidos de la corte, y de los que merecian mayor consideracion. Cuando marchaba el rey al frente del ejército, ocupaba el alcaide la vanguardia, y al tiempo de hacer alto, señalaba el sitio que debia ocupar tanto el rey, como los principales gefes, y toda la hueste. Acampado el ejército, tomaba el mando en gefe, y de tal modo, que no podia ausentarse persona alguna sin su permiso especial, ni podia enviarse sin su mandato partidas que hicieran presa en tierra de enemigos, ni que condujeran viveres ni otras cosas necesarias á los reales. Igualmente le competia la distribucion de los centinelas y avanzadas, y la inteligencia con los espías.

Esta dignidad duró hasta el tiempo de D. Felipe III, habiendo sido el último que la disfrutó D. Diego de Córdoba, Aragon y Cardona, duque de Cardona y marqués de Comares. Despues de esta época ya no se hace mencion de este cargo.

GEROGLIFICO.



Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.